

# LAS HIJAS DE ESPAÑA

Jean Plaidy



Con *Las hijas de España*, Jean Plaidy da término a su extraordinaria trilogía sobre los Reyes Católicos que inició con *Castilla para Isabel* y continuó con *España para sus soberanos*.

*Las hijas de España* narra los últimos años del reinado de Isabel. Es entonces cuando la desgracia golpea sin piedad la casa real. La gente empieza a preguntarse si no será una maldición que se cierne sobre los reyes y su descendencia.

Allí están sus hijas: Isabel, la viuda trágica; Juana, cuya locura parece aumentar con las infidelidades de su atractivo marido; la suave María y, por fin, Catalina, que debe abandonar todo lo que ama, a su familia y a España, para convertirse en Catalina de Aragón, reina de Inglaterra y primera esposa del fascinante Enrique VIII.

## La familia real

Catalina estaba de rodillas en el asiento de una ventana, mirando desde el palacio las laderas purpúreas y las cimas nevadas de la Sierra de Guadarrama.

Faltaba poco para Pascua, y el cielo se veía de color azul cobalto, pero la llanura que se extendía ante las montañas se mostraba como una aridez leonada.

A Catalina le gustaba mirar el paisaje desde la ventana del cuarto de los niños, aunque la visión de afuera le daba siempre un poco de miedo. Tal vez fuera porque, tras haber visto los furiosos combates que precedieron a la toma de Granada cuando ella tenía algunos años menos, la niña temía siempre que los súbditos rebeldes de sus padres volvieran a levantarse y a causar preocupaciones y angustias a su querida madre.

Allí, dentro de las murallas de granito del Alcázar de Madrid, se tenía una sensación de seguridad, debida por completo a la presencia de su madre. Su padre también estaba con ellos por esa época, de modo que constituían una familia unida, reunidos todos bajo ese único techo.

¿Qué podría haber más placentero? Y sin embargo, en ese momento mismo su hermano y sus hermanas estaban hablando de cosas desagradables, de los matrimonios que en algún momento deberían contraer.

—No hagáis eso, por favor —murmuró Catalina para sí—. Estamos todos juntos. Olvidemos que es posible que algún día no seamos tan felices.

De nada serviría que se los pidiera. Catalina era la más pequeña, tenía sólo diez años, y se reirían de ella. Solamen-

te su madre la habría entendido de haber ella dado voz a sus pensamientos, aunque inmediatamente habría hecho presente a su hija que hay que afrontar el deber con fortaleza.

Juana, que estaba riéndose a su manera alocada, como si no le importara en absoluto tener que irse, reparó de pronto en su hermanita.

—Ven aquí, Catalina —le ordenó—. No debes sentirte excluida. Tú también tendrás tu marido.

—Yo no quiero tener marido.

—Ya lo sé, ya lo sé —imitándola, Juana se burló de ella—. Yo quiero quedarme todo el tiempo con mi madre. ¡Lo único que quiero es ser la hijita querida de la Reina!

—¡Shh! —le advirtió Isabel, la mayor de todos, que tenía quince años más que Catalina—. Debes dominar la lengua, Juana. Es impropio hablar de matrimonio cuando todavía no se ha combinado ninguno para ti.

Isabel hablaba por experiencia. Ya había estado casada, y había vivido en Portugal. Qué suerte tuvo, pensaba Catalina, al no haber permanecido mucho tiempo allí. A la muerte de su marido, Isabel había vuelto a vivir con ellos. Había cumplido su deber, pero no durante mucho tiempo. Catalina no entendía por qué Isabel parecía siempre tan triste. Era como si lamentara haber vuelto a estar entre ellos, como si todavía añorara al esposo perdido. ¿Cómo podía ser que un marido compensara jamás la compañía de su madre, el placer de estar todos juntos y de ser parte de una gran familia feliz?

—Si tengo ganas de hablar de matrimonio, hablaré —anunció Juana—. ¡Hablaré, te digo, hablaré!

Al decirlo se irguió en toda su estatura, echando atrás su cabellera leonada, resplandecientes los ojos con esa mirada desahogada que tan fácilmente aparecía en ellos. Catalina miró con cierta ansiedad a su hermana. Los cambios anímicos de Juana le daban un poco de miedo, tantas ve-

ces había observado el aire preocupado de su madre cuando sus ojos se detenían en Juana.

Hasta la poderosa reina Isabel se angustiaba por su segunda hija. Y Catalina, cuyos sentimientos hacia su madre bordeaban la idolatría, percibía todos sus estados de ánimo, todos sus temores, y deseaba apasionadamente compartirlos.

—Algún día, Juana aprenderá que tiene que obedecer —dijo la princesa Isabel.

—Tal vez tenga que obedecer a algunas personas —gritó Juana—, pero a ti no, hermana. ¡A ti no!

Catalina empezó a rezar silenciosamente. «Por favor, que no haga una escena... ¡que no haga una escena ahora, que somos tan felices!»

—Tal vez —intervino Juan, el que siempre procuraba restaurar la paz— Juana tenga un marido tan complaciente que pueda hacer siempre lo que ella quiera.

Enmarcado en su cabellera rubia, el hermoso rostro de Juan parecía el de un ángel. Y ángel era el nombre favorito de la Reina para su único hijo varón. Catalina entendía muy bien por qué; no era solamente que Juan pareciera un ángel: se conducía como si lo fuera. Catalina se preguntaba si su madre lo amaría más que a todas ellas. Sin duda debía ser así, porque su hermano no era sólo el heredero de la corona, sino la más bella persona imaginable, tan gentil y bondadoso. Jamás trataba de hacer valer ante nadie la importancia de su alcurnia; a los sirvientes les encantaba atenderlo y para ellos era tanto un placer como un honor estar a su servicio. Y en ese momento él, un muchacho de diecisiete años, de quien se habría pensado que desearía estar con compañeros de su propio sexo, cazando o dedicado a algún otro deporte, estaba allí en el cuarto de los niños con sus hermanas... tal vez porque sabía que les gustaba tenerlo con ellas o porque, lo mismo que Catalina, valoraba el placer de pertenecer a una familia como la de ellos.

Ahora, Juana sonreía; la idea de tener un marido complaciente a quien ella pudiera imponer su voluntad le agradaba.

Isabel, la hermana mayor, los observaba a todos con cierta tristeza. ¡Qué niños eran!, pensaba. Era una pena que fueran todos tanto menores que ella. Claro que en los primeros años de su reinado, su madre había tenido poco tiempo para tener hijos, ocupada por la gran guerra y por tantos asuntos de estado; por eso no era sorprendente que Juan, el siguiente en la familia, tuviera ocho años menos que ella.

Isabel deseaba que no siguieran hablando de matrimonio: era un tema que le traía amargos recuerdos. Se veía a sí misma, cinco años atrás, aferrándose a su madre como se aferraba ahora Catalina, aterrorizada porque debía dejar su hogar para irse a Portugal a casarse con Alonso, el heredero de la corona portuguesa. Entonces, la promesa de una corona no había tenido para ella encanto alguno. Al dejar a su madre había llorado como sin duda lloraría la pobre Catalina cuando le llegara el turno.

Pero Isabel había encontrado a su joven esposo tan aterrado ante el matrimonio como ella misma lo estaba, y entre ambos no había tardado en establecerse un vínculo que poco a poco floreció en amor... tan profundo, tan agri dulce, de tan breve vida.

La princesa se decía que durante toda la vida la acosaría la visión de los hombres que traían desde el bosque el pobre cuerpo destrozado. Recordó al nuevo heredero del trono, el joven Manuel, que tanto se había esforzado por consolarla, que le había dicho que la amaba y la había instado a que olvidara a su marido muerto para casarse con él y quedarse en Portugal; a que no regresara, en su triste condición de viuda, a los dominios de sus padres y se prometiera con el primo de su difunto esposo, que era ahora el heredero del Rey de Portugal.

Estremecida, Isabel se había apartado del apuesto Manuel.

—No —había gemido—. No quiero volver a casarme. Seguiré siempre pensando en Alonso... hasta que me muera.

Eso había sucedido cuando la joven tenía veinte años, y desde entonces había mantenido su voto, por más que su madre intentara persuadirla de que cambiara de opinión; en cuanto a su padre, mucho menos paciente, se mostraba cada vez más irritado con ella.

Un escalofrío la recorrió al pensar en regresar a Portugal para casarse. Los recuerdos serían demasiado dolorosos para poder soportarlos.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y al levantar la vista advirtió que la pequeña Catalina la miraba con gravedad.

Pobre Catalina, pensó, también a ella le llegará el turno. Y enfrentará con valor su destino, de eso estoy segura. Pero, ¿y los otros?

María, de trece años, estaba absorbida en su bordado. No le interesaba para nada oír hablar de matrimonios. A veces, a Isabel le parecía un poco estúpida, porque sucediera lo que sucediese, su hermana no mostraba excitación ni resentimiento; se limitaba a aceptar las cosas. La vida sería mucho menos difícil para María.

¿Y Juana? Era mejor no pensar en Juana. Ella jamás sufriría en silencio.

En ese momento, la muy alocada se había puesto en pie de un salto y tendía la mano a Juan.

—Ven, hermano, vamos a bailar —le dijo—. María, toma tu laúd y tócanos algo.

Plácidamente, María dejó el bordado para tomar el laúd y tocó las primeras notas, quejasas, de una pavana.

Hermano y hermana bailaron juntos. Formaban una pareja armónica, y sólo los separaba un año de diferencia, pero ¡qué contraste hacían! La misma idea se les ocurrió si-

multáneamente a Isabel y a Catalina. La diferencia era tan marcada que era muy frecuente que la gente la comentara al verlos juntos. Los nombres de ambos se parecían tanto, los dos tenían la misma estatura, pero jamás nadie habría adivinado que fueran hermanos.

Hasta el cabello de Juana daba la impresión de crecer con rebeldía: tenía el mismo toque castaño de su madre, pero un poco más atenuado en Juana, lo que le daba el aspecto de una joven leona: sus grandes ojos miraban siempre inquietos; su estado de ánimo podía cambiar en un segundo. Juana daba la impresión de no estar jamás tranquila: hasta cuando dormía tenía aspecto de estar inquieta.

Y qué diferente era Juan, con su bello rostro que hacía pensar en los ángeles. Ahora estaba bailando con su hermana porque ella se lo había pedido, y Juan sabía que al pensar en un matrimonio y en un marido se había excitado. Al bailar se tranquilizaría: el movimiento físico le ayudaría a calmar la excitación de su mente.

Aunque Juan no hubiera querido bailar cuando su hermana le pidió que lo hiciera, había cambiado inmediatamente de actitud. Eso era característico de él: tenía la rara condición de no querer solamente complacer a los otros, sino de descubrir que los deseos de ellos eran los suyos propios.

Catalina volvió al asiento de la ventana, a mirar una vez más hacia afuera: la llanura y las montañas, las gentes que llegaban y las que se iban.

Sintió que junto a ella estaba su hermana Isabel, que le rodeó los hombros con un brazo mientras Catalina se daba vuelta para sonreírle. En ese momento, la mayor había sentido la necesidad de proteger a la más pequeña de los males que podían caer sobre las hijas de la Casa de España. El recuerdo de Alonso siempre la hacía sentir así. Después buscaría al confesor de su madre, para hablar con él de su dolor. Isabel prefería hablar con él, porque jamás le ofrecía consuelos fáciles, sino que la reñía tal como, si fuera nece-

sario, él mismo se flagelaría: el aspecto de su rostro pálido y consumido era el mejor consuelo para Isabel.

Había veces en que la princesa ansiaba retirarse a un convento y pasarse allí la vida en oración, hasta que la muerte viniera a reunirla con Alonso. Si no fuera una de las hijas de España, habría podido hacerlo.

—Mira —indicó Catalina, señalando una austera figura con hábito de franciscano—, ahí está el confesor de la Reina.

Isabel siguió con los ojos al hombre que, en compañía de otro, estaba a punto de entrar en el Alcázar. Aunque no podía ver claramente los rasgos enflaquecidos y la expresión austera del monje, bien los conocía.

—Me alegro de que haya venido —expresó.

—Isabel, a mí... me da un poco de miedo.

La expresión de Isabel se hizo más seria.

—Jamás debes tener miedo de los hombres buenos, Catalina, y en España no hay hombre mejor que Jiménez de Cisneros.

En sus habitaciones, la Reina estaba sentada ante su mesa de trabajo. Su expresión era serena, pero no daba indicio de su estado de ánimo. Isabel estaba por cumplir con un deber desagradable y que se le hacía doloroso.

Heme aquí, pensaba, rodeada de toda mi familia. España goza de mayor prosperidad de la que ha conocido en mucho tiempo; ahora tenemos un reino unido, un reino cristiano. En los últimos tres años, desde que Fernando y yo conquistamos juntos el último baluarte de los moros, la bandera cristiana ha ondeado sobre todas las ciudades de España. El explorador Cristóbal Colón ha hecho bien su trabajo, y España tiene allende los mares un Reino cada vez más vasto. Como Reina, me regocija la prosperidad de mi país. Como madre, me siento en este momento muy feliz

porque tengo a toda mi familia reunida bajo el mismo techo. Todo debería estar bien, y sin embargo...

Sonrió al hombre que estaba sentado frente a ella, observándola.

Era Fernando, su marido, un año menor que ella, todavía tan apuesto. Si en sus ojos había algo de taimado, Isabel siempre se había negado a reconocerlo; si en sus rasgos había un toque de sensualidad, estaba dispuesta a decirse que al fin y al cabo era un hombre, y que ella no habría querido que fuera de otra manera.

Y por cierto que era un hombre: militar de valía, estadista sutil; un hombre para quien no había muchas cosas en la tierra que merecieran tanto amor como el dinero. Y sin embargo, con su familia era pródigo en afecto. Los niños lo amaban... no tanto como a su madre, claro. Pero, pensaba Isabel, por haberlos dado a luz la madre está más cerca de ellos de lo que puede estarlo cualquier padre. Aunque ésa no era la respuesta. Sus hijos la amaban porque se daban cuenta de que la devoción que recibían de ella era más profunda; sabían que una vez que les hubieran elegido marido, su padre se regodearía en las ventajas materiales que pudieran aportarles esos matrimonios; la felicidad de sus hijos sólo sería para él de importancia secundaria. Pero su madre —que también deseaba que todos ellos hicieran buenos matrimonios— sufriría lo mismo que ellos con la separación.

Todos amaban tiernamente a su madre. Sólo ellos conocían la ternura que se ocultaba con tanta frecuencia por debajo de la serenidad, pues era solamente para ellos que la reina Isabel se quitaba el velo con que resguardaba del mundo su ser más auténtico.

En ese momento, Isabel estaba con los ojos fijos en el documento que esperaba sobre la mesa, ante ella, y se daba perfecta cuenta de que también la atención de Fernando estaba concentrada obstinadamente en él.

Era de eso de lo que tenían que hablar, e Isabel sabía que él iba a pedirle, directamente, que lo destruyera.

No se equivocaba. La boca de Fernando se endureció, y durante un momento la Reina tuvo casi la impresión de que él la odiaba.

—Entonces, ¿os proponéis hacer esa designación?

Isabel se sintió herida por la frialdad del tono. Nadie podía poner en su voz tanto odio y tanto desprecio como Fernando.

—Sí, Fernando.

—Hay veces —continuó él— en que desearía que escucharais mi consejo.

—Y en que mucho desearía yo poder seguirlo.

Fernando hizo un gesto de impaciencia.

—Pues es bien fácil. Tomáis ese documento y lo hacéis pedazos, y con eso queda resuelto el problema.

Al hablar se había inclinado hacia adelante, preparándose para hacerlo, pero la mano blanca y regordeta de Isabel se extendió sobre el papel, para protegerlo.

En la boca de Fernando se dibujó un gesto de obstinación que le daba un aire infantil.

—Lo siento, Fernando —repitió Isabel.

—Conque una vez más me recordáis que sois vos la Reina de Castilla. Que haréis vuestra voluntad. Y entonces daréis a este... a este advenedizo el cargo más alto de España, cuando podríais...

—Dárselo a uno que lo merece mucho menos —completó con suavidad la Reina—: a vuestro hijo... que no es hijo mío.

—Isabel, estáis hablando como una campesina. Alfonso es mi hijo, eso no lo he negado jamás. Nació cuando vos y yo estábamos separados... como lo estuvimos tantas veces durante aquellos primeros días. Yo era joven... de sangre ardiente... y encontré una amante, como cualquier hombre joven. Debéis entenderlo.

—Lo he entendido y lo he perdonado, Fernando. Pero eso no significa que pueda conceder a vuestro bastardo el Arzobispado de Toledo.

—Por eso se lo concedéis a ese monje muerto de hambre... a ese simple... a ese...

—Es de buena familia, Fernando. Verdad que no pertenece a la realeza, pero por lo menos es legítimo hijo de su padre.

Fernando asestó un puñetazo a la mesa.

—Estoy harto de esos reproches. Eso no tiene nada que ver con el nacimiento de Alfonso, confesadlo. Lo que queréis es demostrarme... como tantas veces lo habéis hecho... que sois la Reina de Castilla, y que Castilla tiene para España más importancia que Aragón; es decir que vos sois la soberana.

—Oh, Fernando, jamás ha sido ese mi deseo. Castilla... Aragón... ¿qué son, comparadas con España? Ahora, España está unida. Vos sois su Rey, yo su Reina.

—Pero la Reina concederá el Arzobispado de Toledo a quien ella desee.

Isabel lo miró con tristeza.

—¿No es así? —le gritó él.

—Sí, así es —reconoció Isabel.

—¿Y es esa vuestra decisión final al respecto?

—Es mi decisión final.

—Entonces, ruego a Vuestra Alteza que me permita retirarme —la voz de Fernando estaba cargada de sarcasmo.

—Fernando, vos sabéis...

Pero él no quería esperar. Tras una reverencia, salió con arrogancia de la habitación.

Isabel permaneció sentada ante su mesa. La escena le traía a la memoria otras muchas que se habían producido durante su vida de casados. Por parte de Fernando, había siempre ese continuo forcejeo por una situación de superioridad; en cuanto a ella, deseaba ser perfecta como esposa y como madre. Le habría sido muy fácil decir: Haced co-

mo queráis, Fernando. Conceded el Arzobispado según vuestra voluntad.

Pero ese alegre hijo de él no era la persona adecuada para tan alto cargo. No había más que un hombre en España a quien Isabel consideraba digno de él, y la Reina siempre debía pensar primero en España. Por eso estaba ahora determinada a que el franciscano Jiménez fuera el Primado de España, por más que su designación disgustara a Fernando.

Isabel se levantó y fue hasta la puerta de la habitación.

—¡Alteza! —varios cortesanos que habían estado esperando se pusieron rápidamente de pie.

—Id a ver si fray Francisco Jiménez de Cisneros está en el palacio. Si lo halláis, decidle que es mi deseo que se presente ante mí sin demora.

Fray Francisco Jiménez de Cisneros iba orando en silencio mientras se acercaba al palacio. Bajo la áspera sarga de su hábito, el cilicio le irritaba la piel, causándole un orgulloso placer. Durante su viaje desde Ocaña a Madrid no había comido otra cosa que algunas hierbas y bayas, pero estaba acostumbrado a largas abstinencias.

Su sobrino, Francisco Ruiz, a quien amaba tan tiernamente como él era capaz de amar, y que estaba más próximo de él que sus propios hermanos, lo miró con ansiedad.

—¿Qué pensáis que signifique el llamado de la Reina? —le preguntó.

—Querido Francisco, como pronto lo sabremos, no vale la pena que nos perdamos en conjeturas.

Pero Francisco Ruiz estaba excitado. Sucedió que el cardenal Mendoza, que ocupara el cargo más alto de España, el Arzobispado de Toledo, había muerto poco tiempo antes, y el puesto estaba vacante. ¿Sería posible que a su tío hubieran de conferirle tal honor? Bien podía Jiménez decla-

rar que no le interesaban los grandes honores; había algunos honores que tentarían al más devoto de los hombres.

¿Y por qué no?, preguntábase Ruiz. La Reina tiene —y con razón— una elevada opinión de su confesor. No puede haber tenido jamás un consejero tan valioso después de que el propio Torquemada fue su confesor. Y ella admira a esos hombres, hombres que no temen decir lo que piensan, que son evidentemente indiferentes a las riquezas mundanas.

Torquemada, que sufría cruelmente de gota, era ya un anciano a quien, sin duda, poco tiempo de vida le quedaba. Estaba casi completamente recluso en el monasterio de Ávila. Jiménez, en cambio, estaba en la plenitud de sus poderes mentales.

Ruiz estaba seguro de que si a su tío lo llamaban a Madrid, era para concederle ese gran honor.

En cuanto al propio Jiménez, por más que lo intentara, no podía apartar del todo de su mente esa misma idea.

¡Arzobispo de Toledo! ¡Primado de España! No podía entender la extraña sensación que crecía dentro de él; pero había en sí mismo muchas cosas que no podía entender. Ansiaba sufrir las mayores torturas corporales, como las había sufrido Cristo en la cruz, pero aunque su cuerpo clamara por ser así tratado, había dentro de él una voz que preguntaba: «Vaya, Jiménez, ¿no será porque no puedes soportar que haya nadie más grande que tú? Nadie debe sobrellevar con más estoicismo el dolor, nadie debe ser más devoto. ¿Quién eres tú, Jiménez? ¿Eres un hombre o un Dios?»

—Arzobispo de Toledo —se regocijó en su interior la voz—. El poder será tuyo. Serás el más grande de los hombres, después de los Soberanos. Y hasta los Soberanos pueden ceder ante tu influencia. ¿Acaso no estás tú a cargo de la conciencia de la Reina? Y la Reina, ¿no es quien en verdad gobierna a España?

«Todo esto es tu vanidad, Jiménez. Estás ávido de ser el hombre más poderoso de España; más poderoso que Fernando, cuyo mayor deseo es llenar sus arcas y extender su Reino. Más grande que Torquemada, el que encendió las hogueras que hoy calcinan en todo el país los huesos de los herejes. Más poderoso que nadie. Jiménez, Primado de España, el brazo derecho de la Reina. ¿Gobernarás España, tal vez?»

Aunque me lo ofrezcan, se dijo Jiménez, no aceptaré ese cargo.

Cerró los ojos y empezó a rogar que le fueran dadas las fuerzas para rechazarlo, pero era como si el Diablo estuviera despegando a su pies los reinos de la tierra.

Se sintió un poco mareado. Las bayas no eran muy nutritivas y cuando estaba de viaje jamás llevaba consigo alimento ni dinero alguno. Confiaba en lo que pudiera encontrar a la vera del camino o en la ayuda de las gentes con quienes se encontraba.

—Mi Maestro no llevaba pan ni vino —le gustaba decir—, y aunque las aves tenían sus nidos y los zorros sus madrigueras, no había lugar donde el Hijo del Hombre pudiera reposar su cabeza.

Lo que había hecho su Maestro, también debía hacerlo Jiménez.

Cuando entraron en el palacio, el mensajero de la Reina le salió inmediatamente al encuentro.

—¿Fray Francisco Jiménez de Cisneros?

—Yo soy —respondió Jiménez, que sentía cierto orgullo cada vez que oía pronunciar todos sus títulos: su nombre de bautismo no era Francisco, sino Gonzalo, y se lo había cambiado para poder llevar el mismo que el del fundador de la Orden a la cual pertenecía.

—Su Alteza la Reina Isabel desea que vayáis sin demora a presentaros ante ella.

—Iré inmediatamente a su presencia.

Ruiz le tiró de la manga.